

# Ruanda: La historia de un pueblo

## El imaginario occidental como premisa de la desigualdad

**María Gabriela Mata Carnevali**

CEAA-ULA

MÉRIDA-VENEZUELA

matacarnevali@gmail.com

### Resumen

La etnicidad ha sido y continúa siendo una dimensión crítica en la política africana, al aportar los ingredientes primarios a la mayoría de los conflictos del continente. Sin embargo, el problema no es la heterogeneidad étnica per se, sino el manejo político del que es objeto. A propósito de cumplirse 20 años del genocidio en Ruanda, este artículo revisa como el enfrentamiento entre los *hutus* y los *tutsis* se remonta al período pre-colonial, pero obedece, sobre todo, a la institucionalización de las diferencias físicas durante la colonia, lo que coloca al imaginario occidental como premisa de la desigualdad.

**Palabras clave:** Ruanda, historia africana, imaginario occidental, etnicidad politizada.

### Rwanda: The history of a people.

### The Western imagination as a premise of inequality

### Abstract

Ethnicity has been and remains a critical dimension in African politics, as the primary ingredient of most of the conflicts on the continent. However, the problem is not ethnic heterogeneity per se, but its political use. On the occasion of the 20th anniversary of the Rwanda genocide, this article reviews how the confrontation between the *Hutus* and *Tutsis* goes back to pre-colonial period, but obeys mostly to the institutionalization of the physical differences in the colony, which places the Western imaginary as a premise of inequality.

**Keywords:** Rwanda, African History, Western Imagery, politicized ethnicity.

---

Recibido: 6-8-14 / Aceptado: 15-10-14

## 1. Introducción

*“La historia de África, como la de la humanidad,  
es una toma de conciencia”*

Ki- Zerbo, 1981.

Hace 20 años, en abril de 1994, en Ruanda se produjo uno de los mayores genocidios de la historia. En menos de cuatro semanas, unos 800.000 *tutsis* fueron asesinados por los *hutus*.

La etnicidad ha sido y continúa siendo una dimensión crítica en la política africana, al aportar los ingredientes primarios a la mayoría de los conflictos del continente. Sin embargo, como bien afirma Entralgo (2005) la heterogeneidad étnica *per se* no es la fuente determinante de dichos conflictos. En su opinión, para un paradigma más incluyente en este tema debemos utilizar el de las necesidades humanas: identidad del grupo étnico, seguridad, reconocimiento, participación y autonomía, así como las circunstancias políticas y sistemas económicos que tratan de negar o suprimir esas necesidades básicas. Por eso prefiere hablar de *etnicidad politizada*.

En el caso de Ruanda, la distinción entre los *hutu* y los *tutsi* tiene, en efecto, un origen socio-político. Su formación como identidades opuestas se remonta al período pre-colonial, pero obedece, sobre todo, a la institucionalización de las diferencias físicas durante la colonia. Y es que según la literatura especializada, los principales grupos constitutivos de su población actual, enfrentados desde antes de la independencia alcanzada en 1962 – los *hutu* (84%), agricultores de habla bantú, y los *tutsi* (15%), pastores nilóticos, a los que habría que sumar un reducido grupo de *twa* (1%)<sup>1</sup>– coexistieron en relativa paz por largo tiempo antes de la incipiente formación del Estado en el siglo XV y el sistema de vasallaje (clases) que caracterizaría posteriormente a las relaciones entre los dos grupos, el cual fue tergiversado durante la colonia para hacerlo girar en torno a los rasgos físicos. Fue la percepción europea, influenciada por los patrones de la estética occidental, la que llevaría a las autoridades coloniales a introducir las políticas discriminatorias que condujeron a las luchas fratricidas que culminarían con el brutal genocidio de 1994 del que hoy se conmemoran ya 20 años. La concientización de este hecho debiera contribuir a la sanación de viejas heridas y por ende a la definitiva construcción de la paz en este convulsionado rincón del planeta.

*“La paz no se conquista, se construye, y es ante todo obra de justicia”*, dijo una vez el papa Juan Pablo II. No puedo recordar donde lo leí, pero asumí su pensamiento como propio. Y está claro que no puede haber justicia sin establecer primero la verdad. Por eso, la urgencia de olvidar y perdonar

va de la mano con la necesidad de “recordar”. La memoria de las causas profundas de la violencia experimentada es crucial para establecer la verdad de lo ocurrido, considerando que, como afirma Helena Poland McCormick (2000) en relación al apartheid en Suráfrica: “*la conexión entre violencia y silencio puede perturbarnos o peor, destruir en nosotros la capacidad de pensar históricamente*” (p. 23) y en consecuencia, para extraer las lecciones pertinentes (Traducción propia).

La situación actual de Ruanda nos dice que a pesar de los innegables esfuerzos por parte del gobierno para “hacer justicia” y abrir paso a la “reconciliación nacional” después del genocidio que en sólo cien días cobrara la vida de ochocientos mil<sup>2</sup> *tutsis* y *hutus* moderados bajo la mirada indiferente de la comunidad internacional y el apoyo abierto de Francia al gobierno de Kigali, todavía falta camino por recorrer en el sentido de crear una plataforma política basada en el consenso que satisfaga a todas las partes involucradas y evite cualquier nuevo brote de violencia interétnica.

Si bien el 26 de mayo de 2003 se aprobó por referendo la nueva Constitución de Ruanda, clave para la reconciliación nacional en la medida que excluye las plataformas políticas basadas en divisiones étnicas y establece valores básicos como la democracia, los derechos humanos, las libertades individuales, la unidad del Estado, la descentralización administrativa y la participación de las mujeres en la toma de decisiones; Paul Kagame, actual Presidente, electo ese mismo año luego de un período de transición, enfrenta graves acusaciones sobre represión a la oposición política, la supremacía de los *tutsis* en las posiciones estratégicas del gobierno y el ejército, así como respecto de su participación y de otros miembros del gabinete en el genocidio de 1994. La verdad es que el fantasma de la *etnicidad politizada* sigue rondando. De hecho, las Fuerzas Democráticas de Liberación de Ruanda, acusadas del genocidio, mantienen una guerra de baja intensidad contra el gobierno desde la frontera con la República Democrática del Congo.

“Recordemos”, en memoria de los muertos pero con la mirada puesta en el futuro, “las causas profundas” de la violencia experimentada en Ruanda, al repasar la historia de su pueblo, la historia de una “*etnicidad politizada*” con el imaginario occidental como premisa de la desigualdad.

## **2. Historia de una etnicidad politizada**

Lo que hoy conocemos como Ruanda era parte del conjunto de “reinos” de la región de los Grandes Lagos. Cuando en la historia general de África se estudia esta área geográfica en el período comprendido entre 1200 y 1500 de la era cristiana, a pesar de los problemas metodológicos

señalados por B. A. Ogot (1984)<sup>3</sup>, queda claro que hubo una coexistencia pacífica entre pastores y agricultores, el sistema de vasallaje que caracterizaría posteriormente a las relaciones entre los dos grupos, no se desarrolló sino a partir de 1500 cuando los dos grupos serían incorporados en una misma entidad política. Pero, como bien señala Mamdami Momdani (2003), el estado colonial, construido sobre este andamiaje, convirtió a las incidentales diferencias físicas en el centro de sus políticas, abriendo el camino a futuros enfrentamientos fratricidas.

La composición social de Ruanda ha cambiado poco a lo largo del tiempo. La población ruandesa se fue conformando a partir de sucesivas migraciones que se impusieron a los *batwa*, *otwas* considerados los primeros habitantes de la región. Primero llegaron los *hutu*, después los *tutsi*.

Los *twa*, de origen pigmeo, superan en estatura a los pigmeos tradicionales debido al mestizaje entre ellos y los *hutus*. Desde tiempos inmemoriales penetraron en las montañas boscosas de Ruanda. Vivían de la caza y de la recolección de alimentos. Pero además hacían sus propios utensilios en cerámica y fibras naturales. Hoy en día se dedican fundamentalmente a la alfarería. La falta de un censo, por las dificultades que implica su realización, hacen dudosas todas las estimaciones. Aunque se habla de que constituyen hoy el 1% de la población de Ruanda y Burundi, algunas fuentes, portavoces de los mismos *twa*, han estimado este porcentaje en 0.4%. La información contradictoria ha impedido que se les considere, con razón, como una “minoría en riesgo” (Domínguez Mederos, 2004).

Los *hutu* o *bahutu*, más del 80 % de la población de Ruanda y Burundi, pertenecen a la raza Bantú, la “madre” de las razas africanas de tradición agrícola. Dice Ehret (1984): “Una parte importante de la explicación de la expansión de los territorios bantu es la creciente adaptabilidad agrícola que mostraron muchos de sus primeros pobladores” (p. 494). (Traducción propia). Los *hutus* eran (y son) agricultores, por lo que, según Joseph Ki-Zerbo (1972), la división social del trabajo los convertiría en los “eternos campesinos”. Provenientes de las regiones del nordeste, cuando llegaron a la zona hacia el año 3000 a.C., conocían el manejo del hierro y gracias a herramientas elaboradas con este metal destruyeron la selva e hicieron que la zona fuese un inmenso campo de cultivo. En pocos años, debido a su alta tasa de natalidad, ocuparon gran parte del territorio inter lacustre, dejándoles a los *twa* sólo algunos cerros, pero igual comerciaban con ellos.

Según Ogot (*Op. Cit.*: 516), quien a su vez cita a Vansina<sup>4</sup>, los *twa* intercambiaban pieles de animales, carne por sal y utensilios de hierro. Los *hutus* cosechaban sorgo y cuidaban de una pequeña cantidad de ganado y de abejas. Se vestían con pieles de cabra y ropa hecha de fibras naturales y

se organizaban por linaje en clanes bajo el liderazgo de los jefes de familia; ya para el siglo XV, muchos de ellos pertenecían a lo que él llama “pequeños estados”. Dice textualmente:

En el siglo XV, muchos de los bantú parlantes se organizaron en pequeños estados; cada uno compuesto por varios linajes diferentes en virtud de un linaje gobernante encabezado por un mwami (jefe o rey), que era a la vez jefe de la tierra y líder religioso a cargo de la lluvia. (p. 516). (Traducción y subrayado propio).

Ki-Zerbo (*Op. Cit.*), en la misma tónica, habla de un tipo de gobierno “monárquico” dirigido por el *muami* o rey al que se atribuía un carácter divino.

Esto es importante por cuanto reseña la tenencia de haber ganado por parte de los *hutus* y su organización en “estados” o “reinos” en un período anterior al advenimiento del clan *tutsi Nyinyiya*, considerado el clan fundador del Estado que hoy conocemos como Ruanda. Según Ogot (*Op. Cit.*), tres clanes *hutu* son reconocidos como *abasang wabutaka*, aquéllos que estuvieron allí primero que nadie o los propietarios originarios de la tierra de Ruanda: los *Singa*, los *Zigaba* y los *Gesera*.

Entre los miembros de esta etnia, el apego al clan ha quedado prácticamente como elemento simbólico y guarda sólo un carácter histórico. Normalmente se citan 48 clanes, entre los que destacan, el *Abahanza*, el *Abatobo*, el *Abajiji*, el *Abatangana* y el *Abanyagisaka*. (*Op. Cit.*, Ki-Zerbo).

La literatura antropológica considera como uno de sus rasgos más importantes su creencia en el *Maana* o ser sagrado, el cual tenía su nido en el alma del *mwami* y el poder de trascender todas las divisiones sociales.

Los *tutsi* o *batutsi*, son el 14% de la población actual ruandesa. Grupo étnico camito-nilótico originario de Abisinia, fueron los últimos en llegar. Se distinguen entre ellos dos grandes subgrupos: los *tutsi-nyaruguru* y los *tutsi-hima*. Al parecer, el vocablo *tutsi*, en lengua kin yarruanda antigua, significa “el que procede del extranjero” o “el que tiene abundancia de algo”, nombre que la historia se encargaría de justificar (Mamdani, 2003). Según Ki-Zerbo (*Op. Cit.*), Los *tutsi-hima*, procedían de un antiguo reino conocido con el nombre de *Toro* o *Hoima* de donde llegaron hacia el siglo XIII. Se les conoce 31 linajes de los cuales 17 son considerados “honorables”. Los *tutsi-nyaruguru*, señalados como los fundadores del Estado ruandés, se agrupaban en 43 familias de pastores guerreros denominados según la región de origen de su ancestro.

De acuerdo con la tradición oral, vinieron del norte en busca de pasto para su ganado y finalmente se instalaron y colonizaron el territorio

alrededor del lago Kivu hacia el siglo XV. Pastores y nómadas, los tutsis rechazaban el trabajo agrícola y solían consagrarse en sus tiempos de ocio a sus amplias habilidades relacionadas con la poesía, a tomar miel con los amigos y otros “juegos sutiles del espíritu”.

Los estudios lingüísticos señalan, que a su llegada se instalaron pacíficamente entre los *butus* y asimilaron muy rápido la lengua local, el *kin yarruanda*, en detrimento de su propio lenguaje, el *kijema*. Además, compartían la misma religión y contaban las mismas historias de sus ancestros, constituyéndose en un ejemplo rarísimo de cristalización nacional en el contexto pre-colonial africano.

Sin embargo, una explicación distinta ha comenzado a circular con la pluma de Archie Mafeje (1991), para quien la teoría de la “convivencia pacífica” es puesta en entredicho por la escasez de recursos. Su punto de partida es Bunyoro, donde en algún momento del siglo XV tuvo lugar el primer proceso conocido de centralización del poder en la región de los Grandes Lagos. Según él, en Bunyoro la introducción del pastoreo debe atribuirse a un grupo “invasor” que probablemente venía de Etiopía pero la llamada “dinastía Bachwezi” no duró mucho. En el transcurso de pocas generaciones los *Bachwezi* fueron echados del lugar para “reaparecer” como los “*Bahima*” en Ankore, y los “*Batutsi*” en Ruanda y Burundi. En su opinión, al principio la tierra era abundante en las áreas de migración de los *Bahima*, pero más tarde con el crecimiento de su población, eso cambiaría forzando la conquista que culminó con la creación del Estado ruandés. Dice Ogot (*Op. Cit.*) en la línea de Mafeje:

Estos pastores no se movían en grandes grupos cohesivos. Llegaron en pequeños grupos hasta que al final del siglo XV fueron suficientemente numerosos como para formar poderosas organizaciones de linaje en el sur, donde pronto chocaron con los agricultores. Sin embargo, con la excepción de dos grupos, ninguno de estos linajes fue lo suficientemente fuerte para formar un estado independiente. Las excepciones fueron los Hondongo y la Nyinyiga. (...) *Esta última originó la dinastía gobernante de Ruanda* (p. 518). (Traducción y subrayado propio).

Independientemente de si la llegada de los *tutsi* a la región de los Grandes Lagos fue pacífica o no, el caso es que no tardaron en valerse de diferentes estrategias para tomar el poder, como las infiltraciones, la colonización, la formación de alianzas matrimoniales con los reyes *butu* locales y el establecimiento de lazos de dependencia basados en el préstamo de ganado.

En la Ruanda antigua el poder era ejercido de modo hereditario por los *muamis* o reyes *hutu* hasta el día en que los *tutsi* comenzaron a intervenir en la elección de los monarcas. Para Domínguez Mederos (*Op. Cit.*), estas interferencias *tutsi* explican las modificaciones que de forma constante se empezaron a suceder en la corte y que entronizaron a varios monarcas en detrimento de otros. Así fue electo el *muami* Mibambue Rutalindua en 1895 en menoscabo del *muami* Ruabugiri (1853-1895). Más tarde la operación se repetiría al ser entronizado el *muami* Musinga (1897-1931) en detrimento del mencionado Rutalindua. Ciertamente se trataba de *muamis hutu* que se beneficiaban de la clase militar *tutsi* para conquistar y ejercer el poder. Finalmente en 1931, los mismos *tutsi* derrotarían al *muami* Musinga para colocar en el trono de Ruanda a Ruagatoraka, el primer *muami tutsi* de la historia del país.

Las distintas dinastías *tutsi* instituyeron un régimen político “pseudo-feudal” o clientelista que consagró prácticamente la dominación de los *tutsi* sobre los *hutu*. En este sistema, la preeminencia del *muami* sobre todas las instituciones del país era absoluta. En su calidad de jefe patriarcal supremo de todas las familias del país, era el propietario de todos los muebles e inmuebles y ejercía también su poder infinito sobre el más importante símbolo de la jerarquía social ruandesa: el ganado. En los límites previstos por sus leyes, el *muami* elevaba soberanamente a quien él deseara a los puestos de “prefecto del sol” o “prefecto de los pastizales”, con la finalidad de recaudar los impuestos sobre los derechos de pasto o cultivo (Mulamba Mubyabo Ngeleka y Ngoie Tshibambe, 1994).

Los *tutsi* esparcidos entre los *hutu*, fueron incorporados a agrupaciones militares dependientes del clan real, aunque no pertenecieran a la aristocracia. De esta forma se fue creando una especie de “casta militar” que abarcaba a todos los *tutsi* y excluía a todos los *hutu*, en lo que puede verse el primer rasgo de discriminación interétnica, que se desarrollaría en el siglo siguiente. Estas agrupaciones militares se destacaron en las guerras de conquista y defensa nacional y tenían nombres tan singulares como “los infatigables” o “los que no pueden ser golpeados”.

Es interesante resaltar que no existía ni existe una región particular en los territorios de Ruanda y Burundi que pueda describirse como históricamente *hutu* o *tutsi*.<sup>5</sup> En este sentido se puede afirmar que la única diferencia real era entonces de carácter socio-político. Como explica Domínguez Mederos (*Op. Cit.*), hacia finales del siglo XIX, una escisión profunda separaba a los ricos y poderosos de los pobres y débiles. La dependencia de los pobres con respecto a los ricos tomó formas diversas, entre las que destacan sobre todo la *ubujake* y la *uburetua*.

De la *ubujake* se servían las familias de la nobleza *tutsi* para proteger sus intereses. Funcionaba como un contrato privado entre dos individuos y se fundamentaba en la obligación del *shabuja* (patrón o señor) de entregar varias cabezas de ganado a su *umu-garagu* (vasallo o cliente) con el compromiso de protegerle y asistirle en sus necesidades. En contrapartida, el *umu-garagule* prestaría los servicios derivados de su condición. Técnicamente, el *umu-garagu*, podía ser tanto *hutu* como *tutsi*, pero en realidad la mayoría era *hutu*. Una posible explicación, sería que los *tutsi* eran pastores y por ese motivo poseían las reses que estaban en el centro del contrato antes mencionado.

A la *uburetua* estaba sometida también la inmensa mayoría del pueblo *hutu* y consistía en la obligación que tenía cada joven de trabajar gratis dos días a la semana (la semana tradicional era de cinco días) al servicio del jefe *tutsi*. Por lo general, los *tutsi* estaban exentos de la *uburetua*, aunque no pertenecieran a la nobleza. Así, fueron adquiriendo un estatus de privilegiados respecto de la gran mayoría *hutu*.

Pero este esquema no era tan rígido como parece. A pesar de que la división del trabajo—en virtud de la cual los *hutu* eran agricultores y los *tutsi* ganaderos y militares—le daba el poder económico a los *tutsi*, en la sociedad ruandesa no estaba instituido un sistema “fijo y cerrado” como el de las castas, por lo que podía suceder que se pasara de una categoría a la otra. Por ejemplo, un *tutsi* que perdía su ganado, léase su riqueza, se convertía en *hutu*; asimismo, si un *hutu* adquiría un número suficiente de cabezas de ganado, pasaba directamente a contarse entre los miembros de la aristocracia *tutsi*. A esta posibilidad de trasgresión social se le conoció con el nombre de *kwihutura* o *kuijutura*. Su existencia ha llevado a algunos historiadores a afirmar que es difícil hablar de los *tutsi* como un pueblo, sino más bien como una clase social. Algunos más radicales como Mamdami (2003), hablan incluso de una diferencia meramente de “status político”. En su opinión:

Había una institución en la Ruanda pre-colonial que impidió que la distinción batutsi-bahutu evolucionara como diferencias de casta, al igual que impidió la formación de una contra elite bahutu que pudiera con el tiempo desafiar la dominación batutsi. Este fue el *kwihutura* (...) Es evidente que estamos hablando de una distinción política, que divide al sujeto de los que no lo son, y no de una diferencia socio-económica, entre explotadores y explotados, o ricos y pobres (p. 236) (Traducción propia).

Según Linda Melvern (2000), la idea de que los *hutu* y los *tutsi* eran etnias completamente diferentes e irreconciliables fue introducida por el explorador y agente colonial inglés John Hanning Speke, quien “descubrió”

el lago Victoria en 1859, el mismo año en que Charles Darwin publicara *El origen de las especies*.

Cuenta esta autora que Speke visitó los estados de Karagwe y Buganda (parte de lo que hoy es Ruanda y Uganda), y en sintonía con las ideas de su tiempo, atribuyó una explicación “natural” a las divisiones que había encontrado. El explorador inglés pregonó la existencia de una “raza superior” diferente a la de los demás nativos pues creía que la superioridad cultural en África central tenía que haber llegado de otro lugar. Para él, era muy poco probable que “negros salvajes” pudieran tener semejantes niveles de sofisticación política y religiosa. En su opinión, la clase dominante (los *tutsi*) eran superiores y de rasgos más finos que los negros comunes pues eran más altos y sus narices más afiladas. Además, tenían inteligencia y sentimientos “refinados”. Al parecer, sus apreciaciones eran compartidas en general por todos los europeos. Los primeros misioneros hasta llegarían a pensar que los *tutsi* eran descendientes directos de los antiguos egipcios pues “su delicada apariencia, su amor por el dinero y su capacidad de adaptación ante cualquier situación indicaban un origen semítico.” (Citado en Melvern, *Op. Cit.*: 154)

En mayo de 1894, el conde alemán Gustav Adolf von Götzen, se inserta en las selvas vírgenes de Ruanda y comienza la colonización de aquellos parajes ubicados en los límites de la colonia belga del Congo y que serían conocidos desde ese momento como Ruanda-Urundi.

A decir de Vicente Mazimpaka (1996), profesor ruandés de la Universidad de Madrid, los alemanes hicieron una burda simplificación de las categorías sociales ruandesas al pretender aplicar criterios europeos. La monarquía de los *mwami* fue interpretada por ellos como una monarquía feudal sustentada en teorías racistas inspiradas en Fichte y Gobineau.<sup>6</sup> La estructura social ruando-urundesca fue entonces “reorganizada” definiendo las atribuciones de cada uno de los grandes grupos étnicos que la componían.

Mamdani (*Op. Cit.*), en esta misma línea de pensamiento afirma:

Los alemanes interpretaban a África a través de la óptica de la Europa de finales del siglo XIX imperial, que vio la humanidad como un conglomerado de razas que requieren la identificación y la clasificación jerárquica. Tal fue la inspiración detrás de la nueva disciplina de la antropología física, cuyos cultores empezaron a clasificar a los batutsi y los bahutu como razas separadas: una de origen “hamítico” y, por tanto, superior; y otra de origen “bantú” considerada inferior (p. 237). (Traducción propia).

Pero serían los belgas, nombrados nuevos administradores del territorio por la Liga de Naciones, luego de la derrota alemana en la Primera

Guerra Mundial, quienes de 1929 a 1933, convirtieron esta teoría en la base del aparato administrativo colonial al obligar a la población a identificarse por medio de pasas en donde se especificaba su origen étnico. A los *tutsi*, por ser los más altos y tener facciones más finas, se les confirió el mando; a los *hutu*, por ser los de estatura más baja y tener facciones duras o toscas, se les confinó a la obediencia.

En palabras de Domínguez (*Op. Cit.*):

La percepción europea, tamizada por los excluyentes patrones de la estética occidental, influyó definitivamente en la articulación de políticas discriminatorias basadas en supuestas teorías de afinidad caucásica) (sp).

De aquí en adelante, los estereotipos europeos sellaron el destino de luchas fratricidas, las cuales marcaron desde antes de la independencia alcanzada en 1962, la historia reciente del país que en 1994 se desangró con un cruento genocidio (comparado con el genocidio de judíos a manos de los nazis), de cuyas secuelas todavía no logra levantarse.

### **3. Coda**

Considerando que la etnicidad ha sido y continúa siendo una dimensión crítica en la política africana, al aportar los ingredientes primarios a la mayoría de los conflictos del continente, bien vale la pena aclarar mediante el estudio de casos concretos que el problema no es la heterogeneidad étnica *per se* sino la falta de una estructura social (traducida en un marco legal) que gobierne las relaciones entre los componentes diversos dentro del Estado y garantice a cada unidad sus necesidades de identidad, seguridad y participación. Desde esta perspectiva resulta fácil entender que la crítica presencia de la etnicidad en los conflictos africanos no es una condición patológica de la sociedad, sino un reto para la gobernabilidad. Más aún si tenemos en cuenta los efectos negativos de la herencia colonial, que engendró una rivalidad y un separatismo interétnico como parte de sus mecanismos de dominación.

La paz no se conquista, se construye y es ante todo obra de justicia. Supone y exige la instauración de un orden justo en el que los hombres puedan realizarse como hombres, en donde su dignidad sea respetada, sus legítimas aspiraciones satisfechas, su acceso a la verdad reconocido, su libertad y su seguridad garantizadas. Un orden en el que los hombres no sean objetos sino agentes de su propia historia.

Los distintos grupos étnicos deben tarde o temprano negociar los fundamentos de los proyectos constitucionales del Estado al que pertenez-

can o realizar reformas a las constituciones vigentes. La omisión de estos consensos políticos generaría un nuevo ciclo de políticas centradas en el aspecto físico que ya han hecho un daño estructural a estos pueblos a un costo social inmenso ante la mirada indiferente de los organismos internacionales. Sin embargo, esto no basta. Es necesario que lo acordado se refleje en la vida diaria.

El ambicioso proceso de justicia y reconciliación adelantado en Ruanda que involucra al Tribunal Penal Internacional para Ruanda, el Sistema Nacional de Tribunales de Ruanda, el Sistema de Tribunales Populares Gacaca y a la Comisión Nacional para la Unidad y la Reconciliación (CNURU), no tendrá éxito a menos que la reforma del Estado planteada en la Constitución de 2003 se materialice en la práctica y se permita una mayor participación *hutu* en la toma de decisiones.

## Notas

- 1 Fuente: National Institute of Statistics of Rwanda (2007). Millenium Development Goals. Towards sustainable social and economic growth. Country report.
- 2 Esto según la ONU. Conmemoración anual del genocidio en Ruanda (2010). Disponible: <http://www.un.org/spanish/preventgenocide/rwanda/commem.shtml>. Otros autores manejan la cifra de un millón de muertos (Mamdami, 2003 a).
- 3 Relativos a: 1) la escasez de fuentes, que se limitan a la tradición oral y la lingüística 2) la parcialidad evidente en la literatura clásica a favor de los pastores (tutsi) en detrimento de los agricultores (hutu) en lo que se refiere a los aportes civilizatorios con su defensa de la “Teoría Hamítica”, según la cual los tutsi constituían una raza superior no Bantú que vino de Etiopía y se impuso a los hutu y a los twa 3) la integración de las diferentes cronologías a las que se tiene acceso y 4) el predominio de la información proveniente de las elites gobernantes.
- 4 Jan Vansina (Anvers, Belgica, 14 septiembre de 1929) es historiador y antropólogo, conocido sobre todo por sus estudios del África precolonial. Se considera uno de los grandes especialistas de la historia de los pueblos de África central. De manera más general se le deben reflexiones importantes sobre las fuentes orales en la historia como referente que permite la reconstrucción y validación de los acontecimientos propios de los pueblos ágrafos.
- 5 Aunque por supuesto hay zonas en las que un grupo es más prominente. En Ruanda, por ejemplo, aproximadamente el 45% de los tutsi habitan una región en el centro del país alrededor de Nyabisindu, sede de la monarquía Tutsi. Ver: [http://www.ikuska.com/Africa/natura/paises\\_africa.htm](http://www.ikuska.com/Africa/natura/paises_africa.htm)
- 6 En 1808, el investigador alemán Friedrich von Schiegl descubrió una relación entre varios idiomas: el alemán, el holandés, el sueco, etc., y elaboró

la hipótesis que afirmaba que los mismos derivaban de una protolengua ancestral llamada aria la cual, supuestamente, debía haber sido hablada por los arios. Con base en esta teoría, otros pensadores concibieron la idea de la nobleza de los alemanes por constituir una raza superior. El conde Arthur de Gobineau, por ejemplo, propuso la Teoría de la Supremacía de la Raza Blanca. En su obra habló del ario, del superhombre nórdico germánico, estableciendo que la mezcla de esa raza pura con otras inferiores, era lo que producía la decadencia de las civilizaciones.

## Referencias

- Domínguez Mederos, E. F. (julio-agosto 2004). Rwanda, la historia de un pueblo. *Boletín Electrónico*, no. 5. ISRI, Instituto Superior de Relaciones Internacionales, La Habana.
- Entralgo, A. (2005). *El oro de la costa y otros recorridos*. La Habana: Instituto Cubano del Libro. Editorial de Ciencias Sociales.
- Ehret, C. (1984). Between the Coast and the Great Lakes. *General History of Africa*. T. IV Cap. 19. Paris: Tecnos, UNESCO.
- Ki-Zerbo, J. (1981). *Historia General de África I. Metodología y prehistoria africana*. Paris: Tecnos, UNESCO.
- \_\_\_\_\_. (1972). *L'histoire de l'Afrique Noire d'hier a demain*. Paris: Librairie Hatier.
- Mafeje, Archie (1991). *The theory and ethnography of African social formation. The case of the interlacustrine Kingdoms*. Dakar: CODESRIA.
- Mamdani, Mahmood (2003 a). From Conquest to Consent as the Basis of State Formation: Reflections on Rwanda. In: Gyandendra Pandey and Peter Geschiere (eds). *The Forging of Nationhood*. New Delhi: Manohar Publishers.
- \_\_\_\_\_. (2003 b). Violencia política en el África post colonial. *Istor*, (IV): 14).
- Melvorn, L. (2000). *People betrayed. The Role of the West in Rwanda's Genocide*. London: Zed Books Ltd.
- Mulamba Mubyabo Ngeleka y Ngoie Tshibambe (1994). La Crisis en Ruanda. *Tiempo de Paz*. No. 34-35. Madrid.
- National Institute of Statistics of Rwanda (2007). *Millenium Development Goals. Towards sustainable social and economic growth*. Country report. Kigali.
- Mazimpaka, Vicente (1996). Hutu-Tutsi: ¿A dónde vamos? *Tiempo de Paz*, No. 42, Madrid.
- Ogot, B. A. (1984). *The Great Lake Region. General History of Africa*. T. IV Cap. 20. Paris: Tecnos, UNESCO.
- Poland-McCormick, Helena (2000). I saw a nightmare. Violence and the construction of memory (Soweto, June 16, 1976). *History and Theory*. Vol 39, N° 4. Middletown, Connecticut: Wesleyan University.